

concesion desagradó en Paris, y Montesquiou, situado en Carouge, donde le rodeaban los desterrados Ginebrinos que querian volver á entrar en su patria, se encontraba entre el riesgo de malquistar á la Francia con la Suiza, y el temor de desobedecer al consejo egecutivo que desconocia las reflexiones mas prudentes así militares como políticas: lo cierto es que estábamos á fines de octubre y todavia no parecia próxima á terminarse aquella negociacion que se prolongaba mas por la distancia de las comunicaciones.

Este era el estado de nuestros ejércitos en el mes de octubre 1792, desde Dunkerque hasta Basilea, y desde esta hasta Niza. Se habia libertado la frontera de la Champagne de una gran invasion, y las tropas se dirigian desde aquella provincia hácia Flandes para socorrer á Lille é invadir la Bélgica. Kellermann tomaba sus cuarteles de invierno en la Lorena, y Custine, emancipado de Biron, dueño de Maguncia y corriendo imprudentemente por el Palatinado y hasta el Mein, regocijaba á la Francia con sus conquistas, atemorizaba la Alemania, y se esponia imprudentemente á ser cortado por los Prusianos que aunque con tropas enfermas y batidas, pero numerosas, subian la orilla derecha del Rhin y eran muy capaces de envolver al pequeño ejército frances. Biron continuaba acampado en el Rhin, y Montesquiou,

dueño de la Savoya por la retirada de los Piamonteses del otro lado de los Alpes y libre de nuevos ataques por las nieves, iba á decidir la cuestion de la neutralidad Suiza ó á fuerza de armas ó por negociaciones. Ultimamente Anselme, dueño de Niza y sostenido por una escuadra, podia resistir en su posicion á pesar de las crecidas del Var y á pesar tambien de los Piamonteses, que estaban agrupados por cima de él en el fuerte de Saorgio.

Mientras que la guerra iba á trasladarse desde la Champagne á la Bélgica, habia solicitado Dumouriez el permiso de ir á Paris por dos ó tres dias, á fin de concertarse con los ministros sobre la invasion de los Países Bajos y el plan general de todas las operaciones militares. Sus enemigos hicieron correr la voz de que venia á solicitar aplausos, y abandonaba el cuidado del mando por una frívola satisfaccion de su vanidad. Estas murmuraciones eran exageradas, porque en nada perjudicaba aquella ausencia al mando de Dumouriez, como que la simple marcha de las tropas podia muy bien verificarse sin él. Antes por el contrario podia ser muy útil su presencia en el consejo para la determinacion de un plan general, y era tambien muy perdonable alguna impaciencia de gloria, que es tan general en los hombres, y tan digna de excusa cuando no perjudica á sus obligaciones.

Llegó el día 11 de octubre á París, y no dejaba de ser embarazosa su situacion porque no podia estar bien con ninguno de los dos partidos; como que le repugnaba la violencia de los jacobinos, y habia roto con los girondinos cuando les espulsó del ministerio algunos meses antes. Apesar de eso fue muy bien recibido no solo en la Champagne sino mas aun en París, particularmente por los ministros y por el mismo Roland, que siempre dejaba á un lado sus resentimientos personales cuando se trataba de la causa pública. Al dia siguiente se presentó en la convencion, y apenas le anunciaron cuando dieron principio los aplausos por todas partes mezclados con aclamaciones. Pronunció un discurso sencillo y enérgico, en que trazó brevemente toda la campaña de Argona y en que colmó de elogios á las tropas de Kellermann y á las suyas. Luego presentó su estado mayor una bandera cogida á los emigrados, y la ofreció á la asamblea, como un monumento de la vanidad de sus proyectos, despues de lo cual todos los diputados principiaron á rodearle y se levantó la sesion para dar libre curso á las felicitaciones. Los que mas se distinguieron en testimonios de aprecio fueron los numerosos diputados de la llanura, ó como entonces les llamaban los *imparciales*, que no teniendo que echarle en cara ni rompimientos, ni frialdad revolucionaria,

se espresaban con mayor sinceridad. No se quedaron atras los girondinos, pero no fue completa su reconciliacion fuese por culpa de Dumouriez, ó por la suya, y bien se dejaba percibir en ellos un resto de frialdad. Los Montañeses, que alguna vez le echaron en cara su adhesion á Luis XVI y veian que sus modales, mérito y elevacion le acercaban á los girondinos, llevaron muy á mal los testimonios de aprecio de parte de estos y aun supusieron que eran mas significativos de lo que lo eran realmente.

Despues de la convencion quedaban por visitar los jacobinos, cuya potencia era entonces tan formidable, que no podia el general victorioso dispensarse de rendirla homenaje. Allí era donde la opinion predominante formaba todos sus proyectos y dictaba todas sus sentencias. Si se trataba de una ley importante, de alguna cuestion de alta política, ó de una gran medida revolucionaria siempre se daban prisa los jacobinos á abrir la discusion y manifestar su dictámen, despues de lo cual, se esparcian por el ayuntamiento, por las secciones, y escribian á todos los clubs afiliados, de suerte que la opinion que ellos habian emitido, ó el voto que habian formulado, volvía en forma de peticion de todos los puntos de Francia y se exigia con las armas en la mano en todos los barrios de París. Cuando en los consejos mu-

nicipales, en las secciones y en todas las asambleas revestidas de cualquiera autoridad, se dudaba sobre alguna cuestion por un resto de respeto á la legalidad, los jacobinos, que se creian tan libres como el pensamiento, la cortaban atrevidamente y proponian largo tiempo antes cualquiera insurreccion. Un mes entero habian estado deliberando sobre la del 10 de agosto, y ademas de aquella iniciativá en todas las cuestiones, se abrogaban tambien una inquisicion inexorable sobre todos los pormenores del gobierno. Si algun ministro, algun gefe de mesa de las secretarias, ó algun asentista eran acusados, inmediatamente iban comisionados de los jacobinos, que mandaban abrir las oficinas y pedian cuentas rigurosas, que se les daban sin mal gesto, sin desden y sin impaciencia. Todo ciudadano que creia tener que quejarse de cualquier acto, no tenia mas que presentarse en la sociedad, y encontraba inmediatamente defensores officiosos que obligaban á hacerle justicia. Un dia eran unos soldados que se quejaban de sus oficiales, ó unos obreros de sus fabricantes; otro se veia una actriz que daba quejas contra el director de su teatro, y aun hubo caso en que un jacobino vino á pedir reparacion del adulterio cometido por uno de sus cólegas con su muger.

Todo el mundo se apresuraba á matricularse en

los registros de la sociedad, para dar prueba de celo patriótico, y casi todos los diputados nuevamente llegados á Paris habian ido á presentarse en ella contándose en una sola semana 113, de suerte que aun aquellos mismos que no tenian intencion de seguir las sesiones, no por eso dejaban de solicitar su admision. Las sociedades afiliadas escribian desde las provincias para informarse de si los diputados de sus departamentos se habian hecho recibir y eran asistentes. Los ricos de la capital procuraban hacerse perdonar su opulencia yendo á los jacobinos á encasquetarse el gorro colorado, y los carruages se amontonaban á la puerta de aquella morada de la igualdad. Mientras que la sala estaba llena de gran número de sus miembros y las tribunas atestadas de populacho, una multitud inmensa mezclada con los carruages esperaba á la puerta y pedia á gritos que la dejaran entrar. Algunas veces se irritaba aquella multitud cuando la lluvia que es tan frecuente en Paris aumentaba el fastidio del aguardar, y entonces no faltaba algun miembro que pidiera la admision del *buen pueblo* que estaba sufriendo á la puerta. Marat era el que con mas frecuencia solicitaba esta clase de admisiones, y apenas se concedian y algunas veces antes, se inundaba la sala con una inmensa multitud de hombres y mugeres que se incorporaban con los individuos de la

sociedad. Las reuniones eran al anochecer, y toda la cólera escitada y contenida en la convención venia á desahogarse allí, de suerte que la obscuridad de la noche, la multitud de los concurrentes y todo contribuía á calentar las cabezas, alargándose la sesión en términos que degeneraba en tumulto espantoso, cobrando ánimo allí los agitadores para promover al día siguiente las mas osadas tentativas. Sin embargo, por mas adelantada que ya estuviese aquella sociedad en la demagogía, no era todavía entonces lo que llegó á ser mas adelante. Aún se toleraban á la puerta los coches de aquellos que venian á abjurar la desigualdad de condiciones, y cuando algunos miembros habian intentado hablar con el sombrero puesto le obligaban á descubrirse. Acababa Brissot de ser escluido de la sociedad por una decision solemne, pero Petion continuaba presidiendo en ella en medio de los aplausos, aunque los oradores favoritos eran Chabot, Collot-d'Herbois y Fabre d'Eglantine. El mismo Marat parecia como extranjero allí, y decia de él Chabot, en lenguaje propio de aquel sitio, que Marat era un *puerco espin á quien no se podía coger por ninguna parte.*

Fué recibido Dumouriez por Danton que estaba presidiendo la sesión y resonaron numerosos aplausos, en términos que al verle parecian haberle perdonado su amistad con los girondinos.

Pronunció algunas palabras apropiadas á la situación, y prometió *antes del fin del mes marchar al frente de sesenta mil hombres para atacar á los reyes y salvar á los pueblos de la tiranía.*

Le contestó Danton en un sentido análogo, y le dijo que al reunir á los Franceses en el campo de Sainte-Menehould habia merecido bien de la patria, pero que ya se le abria una nueva carrera, y era preciso que echase abajo las coronas en presencia del gorro colorado con que le habia honrado la sociedad, en cuyo caso figuraria su nombre entre los mas ilustres de Francia. Luego le arengó Collot d'Herbois y le hizo un discurso que pinta el lenguaje de la época y las disposiciones que habia con respecto al general.

«No es un rey el que te ha nombrado, oh Dumouriez, sino tus conciudadanos. Acuérdate de que un general de la república no debe servir nunca mas que á ella. Ya has oido hablar de Temistocles cuando acababa de salvar la Grecia en Salamina; pero calumniado por sus enemigos, se vió obligado á buscar un asilo entre los tiranos, y habiéndole propuesto que sirviese contra su patria, no dió mas respuesta que sacar su espada y atravesarse el corazon. Dumouriez, á tí no te faltan enemigos, tu serás calumniado, acuérdate de Temistocles. Pueblos esclavos te esperan para que los socorras y tu no tardarás

« en libertarlos! ¡Que mision tan gloriosa!.. Pero
 « es preciso que reprimas algunos excesos de ge-
 « nerosidad con tus enemigos. *Tu has despedido*
 « *al rey de Prusia un poco á la francesa...* Pero es-
 « peramos que el Austria pagará por los dos.

« Irás á Bruselas, Dumouriez, y no tengo nada
 « que decirte.... Pero si encuentras allí una mu-
 « ger execrable, que bajo los muros de Lille vino
 « á saciar su ferocidad con el espectáculo de las
 « balas rojas... Mas esta muger no te esperará....

« En Bruselas va á renacer la libertad con sola
 « tu presencia.... Ciudadanos, muchachas, mu-
 « geres y niños se agolparán á tu rededor; ¡de
 « cuanta felicidad vas á gozar, Dumouriez!.... Mi
 « muger es de Bruselas, ella te abrazará tambien.»

Salió luego Danton con Dumouriez, á quien no dejaba á sol ni sombra, haciendo él en cierto modo los honores de la república; y como Danton habia mostrado en Paris un continente igualmente firme que Dumouriez en Sainte-Menehould, les miraban al uno y al otro como á dos salvadores de la revolucion, y les aplaudian juntos en todos los teatros donde concurrían. Parece que un cierto instinto aproximaba aquellos dos hombres á pesar de la diferencia de sus procederes, siendo los dos los mas corrompidos asi del antiguo como del nuevo régimen, que se asemejaban en genio y aficion á los placeres, pero con una corrupcion

diferente. Danton tenía la que es propia del pueblo, y Dumouriez la que se acostumbra en las cortes; si bien este último, mas dichoso que su cólega, habia servido generosamente y con las armas en la mano, mientras que el otro habia tenido la desgracia de manchar su gran carácter con las atrocidades de setiembre.

Ya no existian aquellos brillantes salones en que los hombres célebres gozaban en otro tiempo de la gloria y donde se habia estado durante el último siglo escuchando y aplaudiendo á Voltaire, Diderot á d'Alambert y á Rousseau. No quedaba mas que la tertulia reducida y escogida de Madama Roland, donde se reunian todos los girondinos, como el lindo Barbaroux, el despavilado Louvet, el grave Buzot, el brillante Guadet, el elocuente Vergniaud, entre los cuales reinaba todavía un lenguaje correcto, conversaciones interesantes y costumbres finas y urbanas. Allí se reunian los ministros dos veces por semana y se tenia una comida compuesta de un solo servicio. A esto estaba reducida la nueva sociedad republicana, que reunia á las gracias de la antigua Francia la seriedad de la nueva, y que iba bien pronto á desaparecer en presencia de la groseria demagógica. Dumouriez asistió á uno de aquellos festines tan sencillos, y aunque al principio estuvo un poco cortado al ver aquellos antiguos amigos, á quienes él

habia echado del ministerio , y en presencia de aquella muger , que á él le parecia demasiado severa , mientras que ella le tenia por sobrado licencioso , sostuvo su papel con su acostumbrado talento , y quedó singularmente prendado de la sincera cordialidad de Roland. Despues de esta tertulia de los girondinos , la única que habia sobrevivido á la dispersion de la antigua aristocracia era la de los artistas ; porque casi todos ellos habian abrazado con ardor una revolucion que les vengaba de los desdenes nobiliarios y solo prometia recompensas para el ingenio. Tambien estos convidaron á Dumouriez , y le dieron una funcion , donde estaban reunidas todas las habilidades que encerraba la capital ; pero en medio de la fiesta ocurrió una escena muy estraña que vino á interrumpirla y causó tanto disgusto como sorpresa.

Marat que siempre estaba pronto á anticipar las desconfianzas revolucionarias , no estaba satisfecho del general , y como era un denunciador encarnizado de todos los hombres que gozaban popularidad , él era quien habia provocado con sus asquerosas invectivas las desgracias en que incurrieron los corifeos populares. Mirabeau , Bailly , Lafayette , Petion y los Girondinos habian sido cubiertos por él de ultrages , cuando todavia gozaban de todo el favor del pueblo ; pero sobre todo

desde el 10 de agosto se habia entregado á todos los desórdenes de su imaginacion , y aunque enojoso á todos los hombres razonables y honrados , y estraño por lo menos á los mas furibundos revolucionarios , se hallaba estimulado por un principio de triunfo. Por tanto no dejaba de mirarse á sí mismo como una especie de magistrado esencial en el nuevo orden de cosas. Pasaba una parte de su vida en averiguar chismes y esparcirlos en su periódico , y recorrer las oficinas para enderezar los entuertos que los administradores causaban al pueblo. Como él no ocultaba nada de su vida al público , decia un día en uno de los números de su diario , *La república francesa* , del miércoles 9 de enero 1793 , que ya no podia mas con sus ocupaciones , pues de las 24 horas del día , solo destinaba dos para el sueño y una para la mesa y los cuidados domésticos ; que ademas de las horas consagradas á sus deberes como diputado , empleaba regularmente seis en recoger y hacer valer las quejas de una multitud de desgraciados y oprimidos ; que las restantes las consagraba á leer una multitud de cartas y responder á ellas , en escribir sus observaciones sobre los acontecimientos , en recibir denuncias , y asegurarse de la veracidad de los denunciadores , y últimamente en redactar su periódico y vigilar sobre la impresion de una grande obra. Decia que de tres años

á esta parte no habia tomado un cuarto de hora de recreo, y es cosa de temblar al figurarse lo que puede producir en una revolucion un hombre de inteligencia tan desordenada y dotado de tal actividad.

Pretendia Marat que Dumouriez no era mas que un aristócrata de malas costumbres de quien era necesario desconfiar, y á mayor abundamiento supo que habia castigado con la mayor severidad á dos batallones que habian degollado á unos desertores emigrados. Inmediatamente se fue á los jacobinos y denunció en la tribuna al general, solicitando dos comisionados que fuesen á hacer un interrogatorio sobre su conducta. Al instante le nombraron por adjunto á Montaut⁴ y Bentabolle⁵ con quienes se puso en marcha incontinentemente hácia los diferentes teatros, donde supo que Dumouriez estaba en una funcion que le daban los artistas en casa de la señorita Candeille que era una muger célebre entonces. No tuvo el menor reparo Marat en embocarse alli de sopetón á pesar de su indecente traje, aumentando su irritacion los coches, los destacamentos de la guardia nacional que estaban á la puerta, la presencia del comandante Santerre con una multitud de diputados y por último los preparativos del festin. Entró con osadia y preguntó por Dumouriez, ocultándose muchos de los concurrentes al oír el nom-

bre de aquel infame acusador, pero él con la mayor impavidez se fue derecho al general y le pidió cuenta del trato que habia dado á aquellos dos batallones. El general se le quedó mirando y le dijo con cierta curiosidad despreciadora: ¿Ah es V. ese á quien llaman Marat? — Consideróle de pies á cabeza y le volvió la espalda sin dirigirle una palabra. Mas como los otros dos jacobinos que venian con él tenian trazas de ser mas atentos y mejor educados, les dió algunas esplicaciones y les despidió satisfechos. Pero no lo quedaba Marat, y así empezó á dar grandes gritos en la antesala, diciendo mil pestes contra Santerre, que segun él decia, estaba haciendo el oficio de lacayo con el general; tampoco se las ahorró con los guardias nacionales que contribuian al brillo de la funcion y se retiró amenazando con su cólera á todos los aristócratas que componian la reunion. Inmediatamente echó á correr y copiar en su diario aquella escena ridícula, que pintaba tambien la situacion de Dumouriez, los furores de Marat y las costumbres de aquella época.

Cuatro dias habia pasado Dumouriez en Paris y en todo aquel tiempo no habia podido entenderse con los girondinos, por mas que tenia entre ellos un íntimo amigo en la persona de Gensonné. Se habia limitado á aconsejar á este último que se reconciliase con Danton, como que era el mas po-